

## ARTÍCULO

Grimson, Alejandro (2015). "Crisis y alteridad en las configuraciones culturales", *Etnografías Contemporáneas*, 1 (1), pp. 140-160.

## RESUMEN

Este artículo explora posibles significados y usos del término *crisis* en los análisis antropológicos así como en otros estudios que busquen comprender las dinámicas culturales. Propondremos un uso restringido del término y criticaremos el abuso de la noción de crisis. Una crisis sólo podría ocurrir en un contexto y para considerar las *crisis culturales* explicaremos por qué proponemos entender ese "contexto" como *marco* y configuración. Una crisis cultural desestabiliza, en algún grado, las tensiones entre homogeneidad y heterogeneidad relativamente instituidas en cualquier espacio social. A la vez, una crisis puede amenazar el lenguaje mismo de una comunidad.

**Palabras clave:** *crisis, configuración, marco, cultura.*

## ABSTRACT "Crisis and alterity in cultural configurations"

This article explores possible meanings and uses of the term *crisis* in the anthropological analysis and other studies that seek to understand cultural dynamics. We propose a restricted use of the term and criticize the abuse of the notion of crisis. A crisis could only happen in a context and to consider the cultural crises we propose an understanding of "context" as a frame and configuration. A cultural crisis destabilizes, to some degree, tensions between homogeneity and heterogeneity relatively instituted in any social space. At the same time, a crisis may threaten the very language of a community.

**Keywords:** *crisis, configuration, frame, culture.*

## RESUMO "Crise e alteridade nas configurações culturais"

O presente artigo explora possíveis significados e usos do termo *crise* nas análises antropológicas assim como em outros estudos que procurem compreender as dinâmicas culturais. Vamos propor um uso restrito do termo e criticaremos o abuso da noção de crise. Uma crise só poderia acontecer num contexto e para considerar as crises culturais explicaremos por que propomos entender esse "contexto" como quadro e configuração. Uma crise cultural desestabiliza, em algum grau, as tensões entre homogeneidade e heterogeneidade, relativamente instituídas em qualquer espaço social. Ao mesmo tempo, uma crise pode ameaçar a linguagem mesma de uma comunidade.

**Palavras-chave:** *crise, configuração, quadro, cultura.*

• Recibido: 13 de abril de 2015 • Aceptado: 5 de junio de 2015

# Crisis y alteridad en las configuraciones culturales<sup>1</sup>



por **Alejandro Grimson**<sup>2</sup>

Este artículo explora posibles significados y usos del término *crisis* en los análisis antropológicos, así como en otros estudios que busquen comprender las dinámicas culturales. Como se verá, propondremos un uso restringido y lo más preciso posible, en contraposición a una tendencia que diagnóstica con excesiva facilidad las crisis. Ese abuso evidente del término crisis lo vacía de significado, lo convierte en un concepto inútil.

Para poder trabajar en las características específicas de disrupción que implica un fenómeno de este tipo, deberemos establecer algunas cuestiones respecto de cualquier supuesta “normalidad”. Para ello, de modo extremadamente sintético, retomaremos la noción de configuración. Una crisis solo podría ocurrir en un contexto, y para considerar las *crisis culturales* explicaremos por qué proponemos entender ese “contexto” como marco y configuración. Una crisis cultural desestabiliza, en algún grado, las tensiones entre homogeneidad y heterogeneidad relativamente instituidas en cualquier espacio social.

Las sociedades en las que vivimos son constitutivamente heterogéneas. Al pensar en nuestras naciones, esto es muy evidente. Aparecen criterios regionales, étnicos, de clase, de género, de edad. Si pensamos en un estado, provincia o departamento, también habrá diferencias y desigualdades. Ni siquiera pensemos en una ciudad, sino en el barrio más homogéneo que podamos concebir. Podrá tener homogeneidad de clase o étnica, pero incluso en ese contexto reducido hay heterogeneidad y desigualdad al menos de género y de edad. Incluso en las sociedades

---

1 Conferencia de Apertura en la “Spring Academy” *Krise und Identität* en la Universidad de Kassel, Alemania, marzo de 2015. El texto original fue corregido para esta publicación.

2 CONICET y UNSAM.

sin clases sociales,<sup>3</sup> existen al menos esas dos dimensiones constitutivas. Es decir, la heterogeneidad no es algo novedoso, no es algo particular del siglo XX o XXI.

Ante este panorama de diferencias, en la historia ha habido múltiples estrategias de fabricación de homogeneidad. Homogeneidades nacionales, étnicas, raciales, de clase, de género, de generación. Los postulados de una identidad sin desigualdades ni conflictos tienen una dimensión performativa. Fabrican fronteras. Ahora, que las fronteras de las identidades y alteridades sean fabricadas no significa que sean falsas. Por esas fronteras hay personas que sufren, que mueren, que matan en la realidad. No son naturales, no derivan de purezas objetivas entre los seres humanos. Pero los seres humanos las convertimos en reales todos los días.

En todas las sociedades hay una cierta multiplicidad de diferencias que se entrecruzan, ya que los distintos grupos de edad, los distintos sectores socioeconómicos y territoriales, las personas y grupos en relación al género y la orientación sexual, tienen experiencias y significaciones disímiles. Al mismo tiempo existen voluntades, retóricas y acciones de fronterización, que tienen alcances variados en la generación de identificaciones y alterizaciones. En cada sociedad, en cada momento histórico, existe un conjunto de categorías con las cuales las personas o los grupos pueden autoidentificarse o identificar a "los otros". Sin embargo, la heterogeneidad realmente existente desestabiliza esas identificaciones y alterizaciones, así como coacciona a los agentes a procurar mecanismos discursivos y prácticos de homogenización.

Para deshacer esas fronteras muchos filósofos, antropólogos, historiadores han buscado que su trabajo aporte a deconstruirlas. Allí donde se postulan homogeneidades raciales, étnicas, de clase o de género, se han puesto en evidencia conflictos y desigualdades. Este ha sido un aporte crucial. Necesario, pero no suficiente. Especialmente, cuando la tarea de deshacer los fundamentalismos se articula a una teoría que sostiene que solo tenemos a nuestros alrededor caos, identidades fragmentadas. Pero además de heterogeneidad tenemos las fronteras nacionales o transnacionales, locales y translocales, de distintas formas de identificación que se han construido.

Desde un punto de vista valorativo, esas fronteras son tanto (y a veces a la vez) positivas y negativas. Son necesarias para consagrar derechos y garantías, pero a la vez consolidan desigualdades a través de mecanismos de inclusión y exclusión. No se trata de desplegar una crítica de todas las formas de identificación. Se trata de comprender cómo estas funcionan, alertando sobre los riesgos de todo tipo de fundamentalismo.

---

3 Los antropólogos han descrito numerosas sociedades antiguamente llamadas "simples", sin clases sociales.

Por eso, para comprender los contextos, la noción de cultura clásica de la antropología tiene algunos inconvenientes. Por una parte, en su formulación tradicional presupone homogeneidad, territorialidad, comunidad, y no subraya ni el conflicto, ni el poder, ni la desigualdad, ni la historicidad.<sup>4</sup>

El problema teórico surge de la necesidad de analizar los contextos locales, nacionales o transnacionales, sin aquellos antiguos presupuestos. De allí, la propuesta de retomar el concepto de *configuración* que realicé en *Los límites de la cultura* (Grimson, 2011). Una configuración es un modo específico, histórico, de tornar inteligible la heterogeneidad constitutiva de un espacio social, de una sociedad. Esa inteligibilidad requiere categorías estabilizadas de identificación, donde las personas o los grupos pueden identificar a los otros e identificarse en función de dichas categorizaciones. “En un contexto histórico específico, una sociedad tiene una *caja de herramientas identitaria*, un conjunto de clasificaciones disponible que permite a sus miembros identificarse e identificar a los otros. Algunas de esas categorías son antiguas, otras son recientes, algunas fueron fabricadas localmente, otras han viajado desde lugares remotos” (Grimson, 2011: 184). Por ejemplo, en ciertas sociedades latinoamericanas podrán encontrarse términos como negro, afro, indígena, mestizo, obrero, proletario, campesino, cholo, criollo, colono, así como nominaciones provinciales, partidarias, musicales, de género y muchas otras. Al mismo tiempo, puede haber sociedades basadas en dicotomías racializadas como blanco-negro, o coloniales como blanco-indígena, u otras que aludan a lenguajes territoriales (norte-sur o capital-interior, por ejemplo), políticos (conservador-liberal, peronista-antiperonista, etc.).

Tomemos por caso las clasificaciones de pertenencia en Estados Unidos. Son clasificaciones que ellos consideran de raza: blancos, afro e hispanos, entre otras como asiáticos o nativos (por indígenas). No podemos considerarlas propiamente fenotípicas, porque no derivan de clasificaciones objetivas, sino intersubjetivas. Una persona de piel blanca puede ser hispana, por ejemplo. Una persona mulata, mezclada, será considerada afro. Son criterios que modelan de una forma específica la heterogeneidad realmente existente. Establecen reglas gramaticales de percepción de la heterogeneidad. La regla antropológica es que la heterogeneidad siempre es mayor a las clasificaciones de la práctica social. En cambio, las reglas gramaticales de percepción son un

---

4 Esta afirmación, que desarrollo extensamente en mi libro *Los límites de la cultura*, ha sido abordada por una gran cantidad de importantes antropólogos, desde Trouillot hasta Abu-Lughod, desde Hannerz y Appadurai hasta Ortner y Rosaldo. Uno de los rasgos presentes en muchas definiciones clásicas se refiere a los hábitos o costumbres. Retraducido a un concepto de *habitus* en el sentido de Bourdieu, cierto tipos específicos de crisis implican una crisis del hábito y el *habitus*.

lenguaje que ubica a las personas en un lugar específico de una tipología. Necesariamente, la tipología es una simplificación. En otros casos, como Brasil hay tipologías bastante extensas de clasificación. Dan cuenta de reglas gramaticales que percibe una enorme gama de diferencias. Se trata de una simplificación en el sentido de que toda tipología reduce las posibilidades infinitas de la realidad. Obviamente, es una simplificación bastante más compleja que cualquier dicotomía.

Además de estas reglas de percepción y tipologías, entre una y otra configuración hay más variaciones relevantes. Por un lado, hay distintas gradaciones de desigualdad en diferentes configuraciones. Mientras unas soportan desigualdades que a la vista de otras resultan extremas (por ejemplo, la esclavitud), otras soportan igualdades que a la vista de otras son absurdas (por ejemplo, la misma fila para personas comunes y muy famosas). Por otro lado, los tipos de una configuración son las partes de un todo y en cada caso se establece una lógica de interrelación entre las partes. Conocemos configuraciones que evitan las conflictividades explícitas y otras que evitan que las conflictividades no alcancen explicitaciones brutales. Una dimensión es la intensidad y otra la explicitación verbal o física de los conflictos. Podríamos contraponer la negociación a la épica, la seducción al exterminio, la disidencia a la confrontación.

Por ejemplo, conocemos configuraciones que tienden a estructurarse numéricamente, en anulaciones de las partes por identificación con el todo, en dos o en tres. Es decir, hay formaciones históricas en las cuales las partes tienden a la dicotomización y otras en las cuales los lenguajes de alianzas cambiantes pueden resultar estructurantes. Las dicotomías argentinas como peronismo y antiperonismo, así como sus anteriores y posteriores, son un buen ejemplo del primer caso. Las complejidades de alianzas regionales brasileñas un buen ejemplo del segundo caso (Grimson, 2007). Esas variaciones dan cuenta de una heterogeneidad constitutiva que no es caótica porque tiende a organizarse en contextos históricos y relaciones de poder específicos.

## **Fronteras**

Cuando nos preguntamos cuáles son las fronteras culturales del mundo contemporáneo, no debemos presuponer que serían límites que distinguen grupos homogéneos. Son límites que separan configuraciones heterogéneas y desiguales. Los grupos, sociedades y movimientos instituyen fronteras de significación de tal manera que las heterogeneidades y conflictos adquieren sentidos diferentes a un lado y otro de esos límites. Si tomamos cualquier país de América Latina o Europa, se trata de

configuraciones culturales diferentes. No porque existan esencias nacionales que hagan que todos sean iguales en cada país, sino porque las diferencias se procesan de manera diferente en un contexto y en el otro. A la vez, dentro de muchos países hay regiones, provincias o comunidades que pueden ser consideradas, en otra escala, configuraciones culturales. Una ciudad y a veces también un barrio pueden ser pensados como escalas distintas de configuraciones culturales. También diferentes instituciones, movimientos estéticos o migratorios.

Las configuraciones culturales no son cosas que existen en el mundo, como las montañas o los mares, sino que son lentes con los cuales podemos leer más adecuadamente ciertos procesos. Para que esa herramienta conceptual resulte útil, debemos tener ante nosotros un espacio social en el cual hay lenguajes y códigos compartidos, identificaciones y alteridades, horizontes instituidos de lo posible, lógicas sedimentadas del conflicto. Allí donde la noción de configuración es productiva es porque hay una relación específica entre las partes y el todo, por que hay una lógica de interrelación de las partes, porque hay una frontera que instituye el sentido. La diferencia sustancial con la idea de puro desorden es que en el mundo podemos detectar “frames”. Hay marcos sedimentados en los cuales los hechos, palabras o relatos adquieren sentidos específicos y distintos o contrastantes con otras configuraciones. A diferencia de “cultura”, configuración siempre implica la existencia de disputas y poderes, de heterogeneidades y desigualdades, y de cambios.

Toda configuración es un *marco* en el sentido de Goffman,<sup>5</sup> pero no todo *marco* es una configuración. Si encierran en un cuarto a dos personas que desconocen completamente sus lenguas no hay precisamente una configuración. Una configuración es un marco con lógica sedimentada de relación parte-todo. Es un espacio de comunicación porque hay circulación de sentido.

La antropología, la historia, los estudios culturales asumen que ninguna práctica, idea, ritual, palabra tienen un significado fuera de *contexto*. Sin embargo, no hay consenso en cómo aplicar la noción de contexto. Es habitual contentarse con afirmaciones algo misteriosas acerca del “contexto histórico” o “económico”. Resultan enigmáticas porque parece obvio qué significan, pero en realidad suelen ser difusas. Con nociones como marco y configuración intentamos precisar qué puede significar “contexto”. Dentro de una configuración hay incluso un *régimen de marcos* posibles e imposibles. La configuración es histórica, con

---

5 “Cuando un individuo en nuestra sociedad occidental reconoce un determinado acontecimiento, haga lo que haga, tiende a involucrar en esta respuesta (y rehecho a usar) uno o más marcos de referencia o esquemas interpretativos de un tipo que podríamos llamar primario. (...) Un marco de referencia primario es aquel que se considera que convierte en algo que tiene sentido lo que de otra manera sería un aspecto sin sentido de la escena” (Goffman, 2006: 23).

lo cual los *marcos* posibles e imposibles cambian y en ese proceso cambia la configuración.

Un ejemplo. Cuando se debaten procesos transnacionales, muchas veces pareciera que lo transnacional sería transcontextual. Como si el rock o la “diáspora” de un pueblo, o el movimiento antiglobalización atravesara sin aduanas todos los contextos territoriales. En realidad, lo transnacional es una nueva capa de contexto que se enreda con otras capas. En un espacio social puede haber diferentes capas contextuales.

No hay nada humano fuera de los marcos contextuales. Y los marcos pueden funcionar de distintas maneras. A veces, como cajas chinas, en sentido envolvente: barrio, ciudad, provincia, nación. A veces como conjuntos en intersección: una escuela étnica o religiosa implica la conjunción del marco educativo con una cierta pertenencia. A veces como marcos sociales sucesivos o encadenados que uno atraviesa a lo largo del día: la casa, la calle, el ómnibus, el trabajo, el bar, la visita médica, el juego deportivo, etc.

## Crisis

Explorar una noción de *crisis* nos llevará a establecer sus relaciones con la noción de configuración. Una revisión de los usos frecuentes de la noción de crisis de las ciencias sociales parece revelar ciertos problemas persistentes. Primero, las concepciones puramente objetivistas de la crisis. Segundo, el carácter negativo de la noción de crisis. Tercero, la presunción teleológica sobre toda crisis, la idea de que tiene un cierto destino.

Es sencillo encontrar definiciones objetivas de crisis económicas, políticas o sociales. Cada una establece indicadores, generalmente cuantitativos. Así, la crisis económica puede asociarse a la reducción del PBI o cualquier otro indicador, la crisis política se refiere a una inestabilidad institucional y la crisis social deriva de indicadores de desocupación, pobreza o mortalidad infantil. Cabe hacer notar que todos esos indicadores objetivos resultan de complejos procesos de producción y de una serie de convenciones. Pero el punto que nos interesa es otro.

Si analizamos las crisis de confianza en la economía, las crisis de confianza en la política, las crisis de representación o legitimidad social, la angustia social ante injusticias o desigualdades intolerables, en todos estos casos, estamos hablando también de una dimensión cultural. Un índice inflacionario puede ser percibido como indigerible en un país y no tan grave en otro con una historia diferente. De la misma forma, cifras de pobreza o desempleo tienen valoraciones distintas en configuraciones culturales diferentes.

Los criterios exclusivamente objetivistas para definir “crisis económica” no aluden a las percepciones sociales sobre la economía. Es decir, evitan considerar las dimensiones subjetivas sobre la crisis. Las percepciones sociales son variables no solo por la dimensión de la recesión, sino también por las experiencias sociales y culturales previas con la recesión.

Es decir, desde el punto de vista de los analistas hay o no hay una crisis económica o política. A veces resulta evidente y hay consenso. Otras veces, es evidente que se trata de una cuestión de interpretación. Por ejemplo, los politólogos pueden acordar o disentir en definir una situación como crisis política. A su vez, desde el punto de vista de las sociedades también emerge claramente una cuestión de interpretación. Diferentes sectores sociales también pueden coincidir (como en la Argentina 2001-2002) en definir una situación de ese modo, pero también pueden tener interpretaciones contrapuestas (como ha sido frecuente en la Argentina en la última década).

## Valoración, tiempo y teleología de la crisis

El término crisis carga con fuertes connotaciones. Generalmente, se presupone que es algo negativo, a veces se adjetiva como “crisis permanente” y suele plantear una lectura teleológica.

En el abordaje que proponemos aquí, el concepto de crisis no debería tener una carga valorativa determinada.<sup>6</sup> Cuando se afirma que una sociedad vive de “crisis en crisis” claramente se visualiza la crisis como inestabilidad negativa. Sin embargo, si concebimos la crisis como ruptura del *marco* o de la configuración, la valoración de la estabilidad es un terreno propio de la valoración del *marco* anterior. Se supone que a quienes somos democráticos e igualitarios nos perturban las estabilidades totalitarias y nos alegran las crisis de dichas configuraciones. Las caídas del Muro de Berlín o de la Dictadura argentina implicaron crisis, tanto como implicaron crisis los golpes de Estado y la propia construcción del muro. La valoración de esos cambios no podría ser uniforme. Asociar la crisis a la alegría sería tan temerario como hacerlo a la tristeza o a la tragedia.

Las crisis ocurren en un espacio intersubjetivo. Por ello mismo, pueden analizarse en distintas escalas, como local, nacional, global. Al involucrar distintas escalas, también hay distintos actores. Como cualquier espacio

---

<sup>6</sup> En un texto ya clásico y muy polémico en otras aristas, Germani afirmaba que “la palabra *crisis* no debe tomarse necesariamente en un sentido pesimista”, ya que “significa que nos toca vivir en un período de cambios rápidos, radicales, en una vertiginosa transformación no sólo de las circunstancias que nos rodean, sino de nosotros mismos, de nuestras formas de pensar y de sentir” (1966: 233).



puede ser observado como configuración, como entramado de heterogeneidades, el nivel de análisis constituye el espacio configuracional.

La crisis ocurre en el espacio-tiempo. Tiene distintas temporalidades. Se abre, se despliega, se cierra. Dura horas, días, meses, años. Tiene lapsos. Puede dividirse en etapas.

La noción de crisis puede ser utilizada en múltiples sentidos y con finalidades divergentes. Como todo aquello sujeto al tiempo, se abren y se cierran. Si las crisis no se cerraran, estarían fuera del tiempo. Sin embargo, tanto quienes ven en la crisis una oportunidad histórica de cambio (como fin del Antiguo Régimen) como quienes la ven como una calamidad que asola nuestra sociedad, son más proclives a aludir a sus aperturas que a sus cierres. Cuando la crisis se abre debe deprimirnos o alegrarnos, mientras que el cierre de la crisis muchas veces sucede de modo casi imperceptible.

En la medida en que crisis es un término de temporalidad constitutiva (atravesamos una crisis, la crisis se agrava, salimos de la crisis, vivimos en crisis), un rasgo recurrente es el uso teleológico. La crisis tiene un final, un desenlace. Es interesante que habitualmente las narrativas teleológicas anuncien que no puede estipularse el tiempo exacto que falta para llegar a ese desenlace, pero sí puede estipularse el desenlace. Ese puede ser catastrófico o espléndido. También es importante este contraste entre el anuncio recurrente del supuesto destino de una crisis y el carácter imperceptible de su final efectivo.

Por último, las crisis han sido adjetivadas de múltiples modos. Puede percibirse en diversos sectores políticos o intelectuales una cierta propensión a diagnosticar crisis. Crisis con distintas adjetivaciones: nacional, global, coyuntural, estructural, final, orgánica, revolucionaria. Ya hemos señalado que es mucho más frecuente leer diagnósticos de “nuevas crisis” que leer diagnósticos de crisis que se resuelven.

¿Qué implica el abuso del término crisis? Un facilismo de diagnóstico que termina en un vaciamiento del diagnóstico. Por ello, puede interpretarse que un diagnóstico de crisis tiene un efecto inmediato: reclama mayor audibilidad para quien señala ese *marco*. Pero esa mayor audibilidad está lejos de estar siempre justificada.

Para que el término tenga el peso que merece debe ser utilizado de modo restringido, como lo es en la ciencia económica o la ciencia política. A la vez, escapando de todo objetivismo, necesitamos una noción intersubjetiva.

## **Crisis cultural, crisis de la configuración**

Ante estos problemas conceptuales (polisemia, objetivismo, normativismo, teleología) necesitamos explorar si puede significar algo preciso una noción

de *crisis cultural*. Me refiero a una crisis en los sentidos comunes, una crisis semiótica. Vale la pena explicar que las sociedades no podrían funcionar sin una “conciencia práctica” (Giddens, 2000), sin un sentido común (Gramsci, 1986) que se ha sugerido que es aquello que articula todo el resto de los sentidos (Nun, 2015). Cuando se imponen nuevos juegos de lenguaje (Wittgenstein, 2012) y otros parecen diluirse. Cuando las relaciones entre lo hegemónico, lo emergente y lo residual (Williams, 1980) se trastocan.

Una crisis cultural se abre cuando el automatismo de la vida cotidiana se interrumpe en alguna dimensión crucial. Entre esas dimensiones cruciales puede estar la vida urbana, la vida económica, la vida política y los sentimientos comunitarios de pertenencia. En este último aspecto, una de las modalidades de la crisis cultural es la crisis identitaria de una sociedad.

Señalar una crisis, dijimos, es enfatizar un cambio de *marco*. Todo lo que sucede tiene un nuevo marco, todo adquiere un nuevo sentido. Evidentemente, se trata de un fenómeno objetivo en el sentido de que es independiente de nuestra voluntad, al tiempo que es de carácter subjetivo porque afecta las percepciones y significaciones sociales. Por eso, una característica crucial de la crisis cultural es su carácter intersubjetivo.

Ninguna crisis económica, política o social es necesariamente una crisis cultural, pero cualquiera de ellas puede imbricarse con esta última. Sin embargo, puede haber otros factores que intervengan. Por ejemplo un atentado considerado terrorista, la veloz depreciación de la moneda, un paisaje social novedoso marcado por el desempleo, o incluso eventos naturales como un terremoto, un tsunami, o cualquier catástrofe.

Una crisis cultural generalmente no actúa por acumulación en el tiempo, como en el caso de las recesiones leves. Se abre con un acontecimiento, una irrupción inesperada.

La noción de “crisis crónica” alude a una sedimentación de la crisis, a la previsibilidad, que es lo contrario de lo que pretendemos significar con crisis cultural. En todo caso, puede haber situaciones económicas o sociales críticas sin que haya crisis semiótica. ¿Qué significa esto? Que si el hambre, la exclusión, la desnutrición, la muerte devienen en un tiempo-espacio una rutina, puede suceder que se instituya una “cultura de la crisis” que no es lo mismo que una “crisis en la cultura”. Porque la crisis cultural es la ruptura de la sedimentación, mientras que la cultura de la crisis es la sedimentación de la anomalía.

Si la noción de crisis, en el lenguaje social, es cotidiana, rutinaria, eso implica que atraviesa los modos de significación social y por lo tanto deja de ser de orden disruptivo. Esta modalidad atraviesa a algunas sociedades durante lapsos de tiempo relativamente prolongados y termina constituyendo una cierta configuración cultural, un marco de interpretación y comunicación. Pero ese marco de crisis estable o recurrente puede, a su vez, ser interrumpido por un acontecimiento inesperado.

Así, un acontecimiento abre una coyuntura crítica, inaugura un marco temporal de lógica excepcional, donde algunas de las lógicas sedimentadas de la configuración quedan suspendidas y otras emergen. Emergen a veces y al inicio algo alocadamente, desordenadamente, pero esa coyuntura tiende a estructurarse, tiende a establecer alcances y límites, tiende a instituir una temporalidad económica, política, social y cultural específica.

## Los tres grados de las crisis

En ese marco, consideramos apropiado distinguir crisis de tres grados diferentes, de menor a mayor. Las crisis de primer grado son aquellas donde irrumpe un acontecimiento impensable e imprevisible, pero donde lo nuevo es procesado básicamente desde el marco instituido, desde la configuración sedimentada. Digamos que su límite es hacer una pregunta sobre el *marco*, pero es una pregunta que se responde desde el marco vigente.

Las crisis de segundo grado son aquellas donde la irrupción afecta al *marco* mismo, es decir, donde los marcos interpretativos pierden vigencia y se torna imperiosa una forma diferente de ver el mundo. Esta crisis implica una redefinición de aspectos del *marco*.

Puede tomarse el caso de un atentado terrorista. Ahora bien, en un país donde acciones consideradas terroristas son parte de la acción política habitual, en un país donde hay grupos operando y realizando atentados constantemente, no solo hay un marco estable para la interpretación de los hechos, sino que el hecho mismo no produce una crisis que afecte a la configuración. En otras palabras, la violencia no produce una crisis, solamente la produce allí donde es imprevisible, donde es una irrupción. Como además, puede haber violencia política de grupos civiles o del propio Estado, como puede haber terrorismo de grupos clandestinos o terrorismo de Estado, también la violencia puede ser un rasgo sedimentado de una configuración cultural.

En un contexto como el colombiano, un atentado que replicaba características de otro no implicaba una crisis en el sentido que le damos aquí. En cambio, un acuerdo para iniciar tratativas de paz puede generar una crisis cultural, en el sentido de que interpela a la modificación de marcos interpretativos y apunta directamente a la propia configuración. Por supuesto, que si esas tratativas de paz son interrumpidas por un asesinato brutal, despiadado a un ex líder guerrillero que tiene buena proyección electoral eso abre una nueva crisis.<sup>7</sup> Pero lo que estamos

---

7 Tras extensas tratativas de paz, el M19, un fuerte movimiento guerrillero colombiano, se presentó a elecciones y su candidato a presidente, Carlos Pizarro, fue asesinado durante la

afirmando es que no es la violencia o la ausencia de violencia lo que genera crisis, sino el trastocamiento de lo previsible y de lo sedimentado. El caso de *Charlie Hebdo* es un ejemplo de lo imprevisible.

Hay todavía una crisis de tercer grado, que en lugar de afectar a la configuración, afecta al lenguaje mismo. La irrupción ya no desestabiliza el marco interpretativo, sino las formas más elementales de la comunicación. Plantea la necesidad, para salir de la crisis, de una reconfiguración. Puede considerarse a este tercer tipo como exclusivamente teórico, como un tipo ideal en sentido sociológico. Sin embargo, los tres grados señalados son tipos ideales porque las crisis son dinámicas.

Tomemos el caso del descomunal terremoto en Haití en 2010. El terremoto arrasó con la vida de más de ciento cincuenta mil personas. En un acontecimiento de esas proporciones nos encontramos ante una crisis de tercer grado porque lo más elemental de la vida cotidiana, las calles, las casas, los edificios, algunas instituciones, familiares, vecinos, dejan de existir (Ribeiro Thomas, 2010). No hay agua, no hay comida. Nada tiene sentido. Todo comienza a ser mirado para adquirir alguna comprensión, al menos la más instrumental que permita sobrevivir.<sup>8</sup>

El *marco* cambia de inmediato, no es que se encuentre afectado. Queda destruido, evaporado. Lo que se encuentra afectado es el lenguaje, son los significados más básicos. Otro marco y otra configuración habrán de emerger. El tiempo mostrará que será desde la historia cultural y desde el lenguaje heredado, recuperando a veces tradiciones, prácticas o palabras que habían quedado relegadas, como un nuevo *marco* y una nueva configuración se reconstruyen, se reinventan. Los seres humanos no tienen modo de desprenderse de los significantes incorporados, de su lengua de origen, al menos no por un acontecimiento descomunal. Dos configuraciones culturales diferentes inventarán *marcos* diferentes ante acontecimientos aparentemente idénticos. El lenguaje no se destruye, pero se ve gravemente amenazado.

El único modo de destrucción inmediata del lenguaje es a través de la destrucción física de todos sus hablantes. Pero esto es lo que llamamos exterminio y la palabra crisis tiene una carga semántica escasa para aludir a una catástrofe de esas proporciones.

---

propia campaña electoral.

<sup>8</sup> Las repercusiones internacionales del acontecimiento, sea el terremoto en Haití, el caso de *Charlie Ebdó*, la caída del Muro o el atentado contra las Torres Gemelas, requieren todo un análisis específico. No es lo mismo la apertura de una crisis internacional, con trastocamientos globales de sentido, que la solidaridad internacional con una crisis localizada. Una crisis de tercer grado en un país puede ser interpretada como crisis de primer o segundo grado a nivel internacional. Nivel, en el cual, además, hay heterogeneidad de lecturas. Las posiciones de actores como Naciones Unidas, Estados Unidos, la Unión Europea, organismos de derechos humanos, la Iglesia, etc., podrán tener en cada caso mayor o menor peso en esa definición. En cualquier caso, el tema excede las posibilidades de este trabajo.

Retomemos la idea de los tres grados de las crisis. Un evento relevante simplemente imprevisible para una configuración genera una crisis. Muere un ministro o un presidente, muere el Papa, un gobierno pierde una batalla política o bélica que esperaba ganar, hay grandes inundaciones, aludes, incendios.

Es obvio que no todo incendio genera una crisis. Tampoco la muerte de un ministro sin relevancia política. Pueden ensayarse listados de eventos que pueden o no generar crisis. No es el hecho en sí mismo el que genera la crisis, sino el modo en que el hecho es significado en una configuración. Según el régimen de significación un mismo hecho puede tener sentidos muy diferentes. Hasta tal punto que nada puede ser considerado imprevisible fuera de una configuración, incluso nada puede ser considerado un hecho significativo fuera de una configuración. Todo depende del contexto. Que hoy tampoco llueva en el desierto del Sahara no constituye un hecho significativo y menos aún imprevisible.

Las crisis de primer grado son inherentes e inexorables. No hay configuraciones o sociedades que no atraviesen esas situaciones. Más que una imprevisibilidad, hay instituciones, poderes y *marcos* que ejercitan su tarea de armonización atendiendo y resolviendo de modo más o menos efectivo esas imprevisibilidades.

Nos interesan de un modo diferente las crisis de segundo y tercer grado. Al afectarse la configuración, en las crisis de segundo grado, el evento imprevisible desestabiliza un modo de mirar, un régimen de significación y abre otro modo, otro régimen o, más precisamente, un período de transición.

Las crisis de segundo grado son crisis hermenéuticas. Están acompañadas por una angustia interpretativa. En el momento de la irrupción carecemos de herramientas para comprender todo lo que está sucediendo. Múltiples voces ofrecen propuestas de significación no solo a través de los medios de comunicación, sino a través de movilizaciones, acciones bélicas, libros, actos religiosos o lo que fuera.

La crisis hermenéutica puede estar asociada a una multiplicidad de emociones. Puede estar atravesada por el horror ante los muertos de un brutal atentado o por la alegría por el derrocamiento popular de un régimen totalitario. Pero hay escasez de herramientas interpretativas suficientes para otorgarle sentido a todos los acontecimientos. Solamente después de que estos se han desarrollado, podemos llegar a darles un sentido específico y relativamente claro. Ese sentido aparece –en contraposición a la angustia– como tranquilizador. Y ese significado sedimentado elaborado *ex post* contrasta con los significados inestables contemporáneos a las crisis. En particular, los significados hegemónicos *ex post* dan cuenta de una reconfiguración, que tendrá seguramente sus tensiones y conflictos, que es lo que caracteriza precisamente a toda configuración.

En las coyunturas de crisis, diacrónicamente, puede haber momentos de transición, donde hay un marco emergente y otro residual. La transición existe porque todavía no es claro el nuevo marco y porque hay actores que persisten en actuar en función de criterios del marco en proceso de deconstrucción. Una regla de la configuración es que aquellas acciones realizadas desde un marco vetusto serán acciones sin capacidad alguna de alcanzar legitimidad social. Quien se conduzca según criterios del pasado será considerado un actor del pasado. Si la crisis existe, es porque existe un período transitorio entre marcos. Cuando el nuevo marco se encuentre estabilizado, ya no habrá crisis cultural en sentido estricto. Podrá haber actores que aludan y hablen de la crisis, pero si efectivamente un nuevo marco se consolida esas declaraciones también irán adquiriendo un significado relacionado al pasado.

Aclaremos que una crisis de la configuración no se produce cuando hay dos interpretaciones contrapuestas. Por el contrario, ese puede ser un rasgo de una configuración. No hay crisis en la medida en que una de ellas sea hegemónica, sea portadora de un diferencial de legitimidad social. Pero además es necesario que esa interpretación hegemónica pueda construir un discurso verosímil de futuro, de orientación de la sociedad, de gobierno. Por eso, una característica de las sociedades democráticas es que el gobierno pueda ofrecer interpretaciones verosímiles y legítimas, incluso en contexto de debate y confrontación.

Una crisis de la configuración se produce cuando gana legitimidad social una interpretación o un encadenamiento de interpretaciones contrario a quien detenta el poder político. Si a eso se agrega que esa interpretación es básicamente negativa, de rechazo de lo existente, pero no propositiva, la crisis puede agravarse. Así pueden ser algunos finales de dictaduras: gana legitimidad un encadenamiento equivalencial (Laclau, 2005) de interpretaciones negativas y la crisis se agrava. Solo se sale de la crisis cuando asume —o está a punto de hacerlo— un nuevo gobierno; entonces, se logra articular de modo verosímil y de futuro una interpretación que comienza a ser hegemónica. Tomemos algunos ejemplos no con el objetivo de establecer un dictamen cerrado acerca de qué tipo de crisis abrieron estos acontecimientos, sino en todo caso para pensar las posibilidades y dificultades.

El 7 de diciembre de 1941, Japón realizó el ataque de Pearl Harbor que conmocionó profundamente al mundo y, en particular, al pueblo de los Estados Unidos. Este país (que hasta ese momento no había ingresado en la Segunda Guerra Mundial) declaró la guerra a Japón al día siguiente, mientras Italia y Alemania declararon la guerra a Estados Unidos tres días más tarde. Dentro de Estados Unidos el ataque imprevisto de Japón hizo desaparecer la fuerte opinión a favor de no intervenir en la guerra, y la alianza con Inglaterra se hizo abierta y

fuerte a partir de ese hecho. Todas las divisiones al interior de Estados Unidos desaparecieron, y el país se unificó contra el Eje. Al mismo tiempo, Pearl Harbor implicó un cambio abrupto de la configuración global. Lejos de cambiar lo previsible, lo evidente o los sentidos comunes solo en Estados Unidos, la guerra en sí misma se modificó a partir de ese momento.

Es obvio que un fenómeno previsible como el fin de la guerra genera un cambio de configuración, pero también eventos como Hiroshima desplazaron las fronteras de lo posible y tuvieron incidencia clave en la configuración global de la guerra fría. La guerra debía ser fría porque nuevos Hiroshimas eran factibles.

El trastocamiento consiste en que lo impensable deviene factible. Si se considera cuántas veces eso sucedió en el siglo XX en el terreno económico, político, militar, social o cultural, se encontrarán con seguridad crisis de segundo y tercer grado.

Cambemos el nivel de análisis y pensemos ahora en cualquier país que se considera democrático, que da por autoevidente el proceso electoral, la libertad política y que se encuentra con un golpe de Estado. Si tomásemos cada país en particular, podríamos detectar múltiples diferencias acerca de qué significa “libertad política” y cuán imprevisible podría ser, en cada momento histórico, un golpe de Estado. El punto principal es que un golpe de Estado imprevisible es parte de una crisis política y cultural. Sin embargo, un golpe de Estado como metodología recurrente y sistemática no implica una crisis de segundo grado, sino solo de primer grado.

Insistamos en que ningún hecho “es” una crisis de primer o segundo grado. Un hecho puede ser interpretado con esas nociones y solo puede ser categorizado en su relación con otros hechos. Por lo tanto, esa categorización es una idea heurística, no una propiedad inherente de los acontecimientos.

Por otra parte, cabe preguntarse para qué tipo de actores la crisis tiene una u otra intensidad. Algo que para ciertos actores puede considerarse una crisis menor, de primer grado, para otro puede ser una crisis mayor, y así sucesivamente. Los hechos que desatan la crisis son en sí mismos materia de interpretación y cada actor puede catalogar y pugnar por imponer sus propios significados a la crisis. Los alcances y límites de las crisis son en sí mismos materia de conflictos sociales y políticos. La mirada analítica no otorga razón a unos actores en detrimento de otros, sino que considera esas disputas como un rasgo crucial de la crisis y de la dinámica de la configuración.

Cuando aludimos a crisis de tercer grado nos referimos a la apertura de un tiempo de transición que erosiona velozmente una comprensión general del mundo. En el continente americano, los procesos

de independencia del siglo XVIII y XIX implicaron una crisis de tercer grado. Podrá discutirse en qué momento Hitler logró dentro de Alemania, en Europa y en el mundo, trastocar el lenguaje mismo. Pero la emergencia y consolidación del nazismo, su influencia internacional, la confrontación internacional contra el nazismo transformaron los escenarios, los actores, las identidades, las alianzas hasta grados impensados. E impensables a partir del día en que el nazismo fue derrotado. El nazismo no fue una crisis de tercer grado, sino dos: una cuando surgió, la otra tras su derrota. Lo mismo que el fin de la guerra abrió una crisis de tercer grado hasta que se instituyó el mundo de la guerra fría que, a su vez, culminó en otra crisis de tercer grado alrededor de los acontecimientos de 1989. Algo análogo puede apuntarse a nivel global con los atentados a las Torres Gemelas. En este caso, como en los otros, los cambios de lenguaje venían preparándose de tiempo atrás. La idea de un mundo ya no dividido en ideologías, sino en religiones y culturas era parte de discursos, análisis e intervenciones (ver Huntington, 2004).<sup>9</sup>

Un acontecimiento abre una crisis hermenéutica, una angustia hermenéutica, que se resuelve a través de la sedimentación de nuevos sentidos. Se propaga una sensación generalizada de que no hay palabras para nombrar los hechos y las cosas. Las viejas palabras se distancian rápidamente de los nuevos sucesos. Los términos usuales resultan inadecuados. Muchos de los significados sedimentados se están erosionando, otros están cambiando, trastocándose. Ya nada relevante nombra exactamente lo mismo.

Con urgencia, se necesitan conceptos nuevos, palabras nuevas. Pero las palabras no podrían brotar al ritmo de los días, del sol, de la lluvia. O a veces, en las crisis de tercer grado, podría suceder, como palabras de prueba, significantes de ensayo y error, la mayoría de los cuales quizá parece velozmente en el camino. Sólo unos pocos, a veces muy pocos, van a sedimentar: genocidio, holocausto, shoa, 11-09, caída del muro, comunista, zapatista, piquetero.

Raymond Williams narró su regreso después de 1945 a la Universidad de Cambridge. Había estado ausente por solo cuatro años y medio. Conversó entonces con otro hombre que también regresaba de la guerra: “Estábamos muy preocupados con este nuevo y extraño mundo a nuestro

---

<sup>9</sup> Huntington venía afirmando que los imperios solo logran sobrevivir si tienen un “otro” y que los Estados Unidos tenían un problema: el otro soviético había desaparecido. Y la única forma de prolongar se poder era construir otro y analizaba las diferentes opciones, concluyendo que iríamos a un mundo del “choque de civilizaciones”, culturas y religiones. Si alguien no comprender la noción de performatividad, la traducción del diagnóstico de Huntington en estrategia geopolítica concreta resulta un ejemplo asombroso. Exagerando las cosas, podría decirse: Huntington lo hizo. Una parte poderosa del mundo lo lee en los términos por él propuestos y actúa en consecuencia.



alrededor. Entonces los dos dijimos en efecto simultáneamente: ‘el hecho es que ellos no hablan el mismo lenguaje’” (Williams, 1983: 11).<sup>10</sup>

Williams agrega algo directamente relacionado con la idea de *marco* y configuración. Porque la diferencia diacrónica que él percibía y que hacía que se sintiera extraño era equivalente a diferencias sincrónicas de una configuración heterogénea: “Es una frase común. Se usa a menudo entre generaciones sucesivas, y aún entre padres e hijos. Yo mismo la utilicé seis años antes, cuando vine a Cambridge desde una familia de clase obrera de Gales” (1983: 11).

La sensación al regresar después de unos años en 1945 era comparable a pasar del mundo obrero a una universidad de elite, o a la diferencia generacional. Williams agrega que la frase (“no hablan la misma lengua”) no es cierta para muchos campos. Hay variaciones de tono, ritmo y acento en una lengua común. No es un problema lingüístico: “Cuando decimos ‘no hablamos la misma lengua’ queremos decir algo más general: que tenemos valores diferentes o diferentes tipos de valoración, o que nos damos cuenta, a menudo de manera intangible, de diferentes formaciones y distribuciones de energía e interés” (1983: 11).

Es necesario que “lengua” o “idioma” no se entiendan aquí en un sentido muy restringido, sino en el espectro amplio de reglas, códigos y rituales comunicativos. La lingüística siempre contribuye. Pero a lo que estamos aludiendo es a transformaciones de las gramáticas semióticas entre dos sociedades, ya sea por una discontinuidad en el tiempo o en el espacio.

## Configuraciones crisisfóbicas y crisisfílicas

El cambio de lenguaje es diacrónico y sincrónico. Entre dos, tres, mil mundos contemporáneos. En un mismo espacio a través del tiempo, más agudamente si entre uno y otro lapso existieron crisis de tercer grado. Estas últimas afectan a la configuración, desplazan sus fronteras, las modifican.

La relación entre crisis y configuración es compleja. Hemos dicho que no debe confundirse una crisis como rasgo recurrente, crónico, de una determinada configuración, con aquel evento que abre una crisis que transformará a la configuración. Una es la *crisis crónica* y la otra la *crisis configuracional*. Una es previsible, recurrente, la otra imprevisible. Una confirma a la crisis como rasgo sedimentado, la otra trastoca los sentidos.

Cuando nos preguntamos por las características de la configuración, encontraremos unas que podemos considerar crisisfílicas y otras

---

<sup>10</sup> Mi traducción de esta y demás citas en idioma extranjero.

crisisfóbicas. Una configuración crisis-fílica se caracteriza generalmente por intensas confrontaciones, literal o metafóricamente bélicas, que le otorgan al marco un rasgo general de imprevisibilidad. La propia lógica de la interrelación entre las partes, sea dicotómica, fragmentada, atomizada, de fisión, implica crisis recurrentes. La propensión configuracional a la apertura serial de crisis diferenciales que van socavando los sentidos comunes en dimensiones distintas: ora en la vida económica, política, civil, comunitaria, del transporte, de la seguridad. Una configuración crisisfílica es afectada en esferas distintas del sentido común.

Su contracara es la configuración crisisfóbica, donde un rasgo del sentido común sedimentado es la coacción de los actores en interrelación a evitar cualquier tipo de crisis y a mantener estables las prácticas, los rituales y los significados instituidos. Mientras la configuración crisisfílica tiene una dificultad endémica para instituir una hegemonía, la configuración crisisfóbica busca activamente una hegemonía estable, que otorgue previsibilidad y donde la irrupción de lo imprevisible es vivida con una dramaticidad peculiar.

Resulta más prudente solicitar al lector que realice el ejercicio analítico, antes que designar configuraciones de uno u otro tipo. Pero para no escapar completamente a la ejemplificación, podemos preguntarnos en qué momentos de la historia del último medio siglo la Argentina tuvo unos u otros rasgos. Seguramente, la etapa de la convertibilidad puede ser asociada a una fobia hacia las crisis, que a su vez remitía a un pasado crisisfílico. Lo cual no significa necesariamente que este rasgo haya quedado en el pasado. Una crisis de proporciones traumáticas, como la vivida por Alemania en cada guerra mundial, puede contribuir a generar configuraciones crisisfóbicas. Pero esa característica no puede ser asociada con un país o un momento, sino que diversas sociedades pueden padecer temores vigentes a la crisis en contextos postraumáticos.

Puestos a escoger probablemente cualquiera preferiría vivir en una configuración crisisfóbica, ya que la estabilidad provee seguridad y previsibilidad, además de ahorrar derroches económicos, humanos y de energías sociales asociados a toda crisis. La ausencia de actores con plena capacidad de articulación hegemónica, las situaciones históricas de empate hegemónico, las crisis recurrentes tienen problemas demasiado evidentes como para que sea necesario explayarnos.

Sin embargo, una mirada crítica necesita distinguir la configuración con capacidad de manejo de las crisis, de la configuración crisisfóbica, que es aquella que ha atravesado situaciones de profundo dolor colectivo, dolor que resignificado se encuentra vigente. Situaciones que hay amplio consenso social en evitar, pero cuya evitación puede provocar silenciamientos o estigmatizaciones potentes de actores, identidades y tipos de discurso.

A esto, que es un problema interno de la configuración que establece un límite para procesar sus propios cambios, cabe agregar otra dificultad, proveniente del carácter global del mundo contemporáneo. En efecto, ninguna configuración es realmente cerrada y los consensos coaccionantes sobre los actores siempre tienen potencialmente un déficit de alcance. Escenarios críticos en países cercanos o la irrupción de actores extranjeros pueden socavar la sensación de previsibilidad instituida. Pero según distintas características de la configuración, esas “desestabilizaciones” pueden provocar ora una corrosión de las coacciones internas, ora un endurecimiento de las mismas como en el caso en el cual la nación es convocada a unirse contra el enemigo exterior. O contra cualquier otro actor cuya identificación sea hegemónicamente cargada con el significado de causante de imprevisibilidad. Es decir, puede haber actores internos, constitutivos del espacio territorial de la configuración, que sean visualizados como desestabilizantes. Pero también puede haber actores externos, clandestinos o institucionales, que arruinen con sus acciones un horizonte de previsibilidad.

## **Redefiniciones de comunidad**

Las crisis culturales de segundo grado desplazan la frontera de las posiciones de sujeto, los lugares de identificación visibles y audibles. Movimientos y voces emergentes ocupan un lugar nuevo en una configuración, generalmente con cambios en los repertorios de prácticas de acción colectiva, rituales e interpelaciones.

Las crisis culturales de tercer grado implican un tipo de estremecimiento social que abre preguntas acerca de quiénes somos, qué sentido tienen las pertenencias y cuáles son nuestras alteridades.

En los célebres casos de Pearl Harbor como de las Torres Gemelas se planteó una crisis que produjo un cambio en las relaciones de identidad-alteridad. Tan drásticos fueron estos cambios que en el último caso se generaron vertiginosos procesos de radicalización y tipologización de asiáticos y árabes, como “orientales” potencialmente peligrosos. No se trata de que los límites de la comunidad fueran radicalmente replanteados, pero sus significados, sus intensidades, sus otros cercanos y aliados, y sus alteridades confrontativas se modificaron.

Estos procesos se vinculan al efecto totalizador de las crisis a las que hacemos referencia. También los procesos de independencia del siglo XIX en América Latina plantearon una transformación de las relaciones de identificación y de definición de las alteridades. La construcción de los estados nacionales, tarea emprendida en momentos diferentes en cada país, también planteó relaciones nuevas entre identidad nacional

y sus vinculaciones con lo europeo, lo indígena, lo afro, lo mulato, lo mestizo. A su vez, esas relaciones planteaban contrastes buscados y fabricados artificialmente con países vecinos. Esas formaciones nacionales articularon de modo específico sus heterogeneidades, sus jerarquías, sus desigualdades. Habilitaron o inhabilitaron a los actores étnicos, a los actores sindicales, a los partidos políticos, a las cuestiones de género. Evidentemente, esas características fueron transformándose a lo largo del tiempo, pero es interesante notar que en ningún momento una configuración se reconvirtió al punto de confundirse completamente con los rasgos históricamente sedimentados en otros países. Los espacios nacionales, sus territorios y sus fronteras fueron contingentes: podrían haberse constituido de otro modo, con uniones o divisiones, sus límites podrían haber estado en otros sitios. Paraguay y Uruguay se construyeron como naciones, Bolivia perdió en una guerra la salida al mar, y así sucesivamente. Pero una vez que cada uno de esos artificios sedimentó, se convirtieron en una realidad naturalizada. La particularidad histórica tuvo una relevancia que no puede ser menospreciada.

La tesis que propongo para el debate es que una noción restringida del uso de crisis cultural requiere que se cumplan al menos dos de las siguientes tres condiciones: que “nosotros” ya no hablemos el mismo lenguaje (como en el ejemplo de Williams), que emerjan nuevas categorías de identificación con algún poder de interpelación social, que los modos de interrelación (alianzas, conflictos, guerra, protestas, etc.) cambien por completo. No hay teleología de estos cambios simplemente porque no hay linealidad. Lo cual es distinto que suponer que la crisis no deja marcas. La crisis vivida, la experiencia de la crisis, trastoca perspectivas, marcos interpretativos, permite que retornen palabras que alguna vez fueron nuevas, que se reciclen identificaciones de crisis pasadas. La crisis, como un incendio, trastoca todo en su temporalidad, a veces de modos muy agudos. El incendio puede destruir los techos y las paredes, o puede ser apagado y los daños reparados. Ambos resultados son obviamente muy diferentes. La experiencia de esa vivencia resulta imborrable, incluso si fuera colectivamente silenciada.

## Bibliografía

- Germani, Gino (1966). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós.
- Giddens, Anthony (1995). *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Goffman, Erving (2006). *Frame Analysis*. Barcelona, CIS-Siglo XXI.
- Gramsci, Antonio (1986). *Cuadernos de la cárcel*. México, Juan Pablos.
- Grimson, Alejandro (2011). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- (comp.) (2007). *Pasiones nacionales*. Buenos Aires, Edhasa.
- Huntington, Samuel (2004). *El choque de civilizaciones*. Buenos Aires, Paidós.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Nun, José (2015). *El sentido común y la política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Ribeiro Thomaz, Omar (2010). “O terremoto no Haiti, o mundo dos brancos e o Lougawou”, *Novos estudos* N° 86, pp. 23-39.
- Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.
- (1983). *Keywords*. London, Oxford University Press.
- Wittgenstein, Ludwig (2012). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona, Crítica.